

LITURGIA DE CUARENTENA

El aislamiento social de la cuarentena de estos tiempos nos ha introducido en una especie de gran viernes santo litúrgico. Algunos autores consideran que el Viernes Santo es un día a-litúrgico pues la iglesia suspende la celebración de liturgia de la Eucaristía. Sin embargo, aunque no hay eucaristía, hay varias liturgias: de las Horas, de la Palabra y de la Cruz, del sacramento de la confesión. Y en particular, hay comunión. Aunque no en todas las épocas había comunión el viernes santo.

Una especie de Viernes Santo, decía, porque los sacerdotes celebran misas, pero los fieles no comulgan. Los fieles participan virtualmente, es decir, mientras los ministros celebran, los fieles los *siguen* desde sus hogares. Esta circunstancia presenta muchos caminos de reflexión.

Soy consciente del buen espíritu pastoral y las buenas intenciones de los ministros de querer acompañar a sus fieles con la celebración virtual de la Eucaristía y de cuánto le aprovechan al pueblo de Dios estas celebraciones. No creo en los temores que agitan algunos sectores de que estas prácticas minen la futura práctica pastoral de “asistir a misa.” Los fieles cristianos sufren la ausencia de la comunión con el Señor y con sus hermanos tanto como los pastores la ausencia de los fieles en las Eucaristías que celebramos, sean virtuales o no.

La presente reflexión no está orientada en oposición a la celebración virtual de la eucaristía. Tal vez eso requeriría otras consideraciones y matices del ámbito eclesiológico, pastoral y ministerial. Esta reflexión tiende más bien a destacar un aspecto del universo simbólico litúrgico que pasa inadvertido (incluso en los manuales de liturgia) y que puede ayudar a explicar la extrañeza que experimentamos en este tiempo. Hay una vinculación por los medios electrónicos y al mismo tiempo estamos insatisfechos.

Lo virtual por definición es una versión empobrecida de lo real. Y visto el vaso medio vacío, lo virtual es una pérdida y una carencia. Pero se puede argumentar también desde el vaso medio lleno, pues en una circunstancia absolutamente original en la historia de la Iglesia y de la aldea global en general, que muchos necesitan y se aferran a ese “medio vaso” saciando un poco la sed de Dios, de sentido, de espiritualidad, de serenidad, de vínculos afectivos, de cercanía aunque sea a medias y empobrecida.

Desde la liturgia hay algunas preguntas que surgen inmediatamente frente a la celebración de la Eucaristía de modo virtual. Una pregunta es por el grado de participación ¿es posible que se lleve al pueblo de Dios a que sea plena, activa, consciente, fructuosa? La virtualidad parece esmerilar la participación.

Otra pregunta irá por el camino de la finalidad de esa celebración. J. Alzadábal gustaba decir que la presencia de Cristo en la Eucaristía dura el tiempo que va de una consagración a una comunión. Si ponemos el acento en todas las cuestiones periféricas (y necesarias) de la celebración (como la proclamación de la Palabra de Dios, su homilía, las intercesiones, la confesión de la fe o la cercanía con los feligreses) todas ellas son posibles sin necesidad de celebrar una eucaristía que ninguno de los que siguen la misa recibe salvo uno o dos que están allí presentes.

Un análisis posible es también la mixtura entre necesidad pastoral de acompañar al pueblo de Dios y la pulsión posmoderna del yo-expuesto. Una especie de mostrar cómo algunos pocos hacemos lo que muchos ansían y no pueden. Algunos lo hacen con sus viajes, otros con su popularidad... ¿nosotros con lo sagrado? ¿Qué modo de acompañar al Pueblo santo de Dios es no compartir alguna de todas sus carencias?

Sin embargo, hay un mar de fondo en esta cuestión sobre la que me gustaría detener la reflexión. El movimiento litúrgico, a principios del s. XX rescató a liturgia de la superficie rubrical en la que agonizaba para llevarla a las profundidades del misterio que se celebra. Los elementos externos de la liturgia que hasta entonces servían para definirla (la belleza, las rúbricas, la aprobación de la autoridad eclesial, el ambiente sagrado, los ritos pomposos) ahora serían solo medios para que el pueblo de Dios pueda acceder al tesoro del misterio Pascual de Jesucristo y nutrir allí su vida cristiana.

Lejos de todo maniqueísmo, Pío XII calificó como “exageraciones”¹ las definiciones de liturgia que hicieran foco en el culto puramente externo, rubrical o estético. Pues, aunque estas puntualizaciones no le hicieran nada bien a la liturgia en particular ni a la espiritualidad de la Iglesia en general, sin embargo no son consideraciones erróneas, sino acentuaciones desmedidas de una realidad que necesita ser puesta en el contexto del amplio horizonte del misterio. No son posturas o definiciones erróneas, sino exageradas.

Es que la dimensión simbólica de la liturgia se sustancia en que no hay un misterio que no se exprese en realidades materiales. De este modo, lo material, lo exterior, lo tangible, es condición de la manifestación de lo misterioso, de lo espiritual, de la gracia. Y esto no sólo por una condición del hombre para comunicarse con Dios, sino también como prolongación de la dinámica divina que encuentra su máxima expresión a partir del misterio de la encarnación.

La constitución *Sacrosanctum Concilium* consagrará esta doctrina con una expresión que parece una perogrullada, pero es necesaria para equilibrar la condición humano-divina de la liturgia. Dice: “En ella [la liturgia], los signos sensibles significan...”² y así refleja la necesidad que tenemos no sólo de los significados, sino (otra perogrullada) del significante.

Los signos litúrgicos son muchos y los hay de todo tipo, algunos más esenciales, otros más circunstanciales. Sin embargo, solemos olvidar un elemento simbólico que está como supuesto y es fundamento de todos los demás, incluso de la liturgia misma: el cuerpo.³

Pretendo considerar al cuerpo en el más acá de la cuestión simbólica y su importancia para la liturgia. Es decir, no en su significación, sino en su condición de significante. No intento polarizar una definición de liturgia en lo externo, como antiguamente. Si me parece oportuno aprovechar esta ocasión para evitar que, por mirar el misterio celebrado, se olvide su condición corpórea y la liturgia se angelice en un culto y en una espiritualidad

¹ Pío XII *Mediatio Dei*, 16-19.

² “Con razón, pues, se considera la liturgia como el ejercicio del sacerdocio de Jesucristo. En ella los signos sensibles significan y, cada uno a su manera, realizan la santificación del hombre, y así el Cuerpo Místico de Jesucristo, es decir, la Cabeza y sus miembros, ejerce el culto público íntegro.” (SC 7)

³ El cuerpo es una manera de indicar aquí la condición humana en su materialidad constitutiva.

desencarnada, no simbólica; o se intelectualice en una exigencia de ideas y doctrina destinadas a educar teológica y moralmente al pueblo de Dios.

Si el misterio de Cristo es el corazón de la celebración litúrgica, el cuerpo humano es el atrio. En el atrio de la iglesia comienza la liturgia de muchos sacramentos, la procesión de entrada de la celebración eucarística, la recepción y signación del bautismo, la recepción de los novios para las bodas, el lucernario de la Vigilia Pascual, la recepción del féretro para las exequias.

Así el cuerpo es el punto de partida de la liturgia, porque es la primera presencia. El resucitado que devela su identidad en los signos de su cuerpo es principio fundante del actuar litúrgico, porque la liturgia es prolongación del acontecimiento pascual. El Vaticano II expresa esta primera presencia señalando que “del costado de Cristo dormido en la cruz nació el sacramento admirable de la Iglesia entera.”⁴

Esta prolongación de la Pascua que sucede en el conjunto simbólico de la liturgia tiene, por una parte, un origen temporal en el cuerpo del Señor, y por otra parte, encuentra una originaria fuerza ejemplar, de modo que la creación es llevada a su máxima capacidad significativa cuando, en la simbólica litúrgica, adquiere una potencia redentora.

En la liturgia el universo simbólico es la realidad expresiva de lo inefable y el cuerpo es la expresión más acabada de todo el conjunto. Por eso existen los símbolos, porque la palabra encuentra límites insalvables para expresar lo humano profundo y también para expresar lo divino, lo sobrenatural. Sin embargo, todos los símbolos con sus capacidades significantes sólo serían elementos materiales opacos sin un terreno donde impactar, donde afectar, es decir, sin la corporeidad humana que los reciba como símbolos que son.

Una realidad simbólica muy humana y también muy allende a la liturgia es la fiesta. En ella vemos cómo la corporeidad humana le confiere capacidad significativa. Lo festivo supone, entre otras cosas, lo comunitario presente, lo colectivo, lo vecino. Los elementos propios de la fiesta están en relación al cuerpo y sus sentidos: la vestimenta, la comida, los aromas, los adornos, la música ¿Qué tipo de fiesta es una convocada por Zoom o por YouTube donde cada uno está en su propia casa frente a una pantalla sin otras sensaciones que las propias? Así, el cuerpo es una condición de posibilidad para la fiesta.

Otra consideración que el cuerpo trae a colación de la simbología litúrgica es la fuerza de realidad que tiene el símbolo. En el lenguaje coloquial no suele ser así pues lo simbólico es sinónimo de irreal. En un programa de televisión el ganador de un premio grande recibe un cheque *simbólico* que tiene 2 metros de largo y 1,5 de alto. Obviamente ese no es el cheque que ha de cobrar y en sí mismo carece de todo valor real. Aquí simbólico es aparente.

En la liturgia los signos significan, tienen fuerza expresiva propia, contiene en sí lo significado. Y esto sucede no en su pobre realidad material, sino en el contexto de una comunidad particular (creyente, es decir, la asamblea celebrante) y en una referencia al cuerpo. El agua del bautismo adquiere fuerza significativa cuando moja, cuando sepulta, cuando lava, o sea, cuando el cuerpo interviene y se vuelve una de las claves hermenéuticas del hecho simbólico-ritual. En sus catequesis mistagógicas los Padres

⁴ SC 5

invitaban a mirar primero el efecto real del símbolo, por ejemplo: el agua en la que fueron sumergidos los recién bautizados.

De manera que hay una comunión real entre el cuerpo y el símbolo con su significado. Este vínculo no es puramente espiritual o racional sino no sería humano. Supone lo racional y verboso justamente porque lo excede, y no existe esa comunión si no es corporalmente presente. La virtualidad confiere un atisbo de esa comunión, pero absolutamente precaria, y en el caso de algunos signos se vuelven ineficaces sin la conexión corporal, lo que atenta contra la naturaleza de la liturgia en general y, en particular, contra la definición misma de sacramento.

Por otra parte, la ritualidad simbólica de liturgia contiene en sí la carga del misterio redentor de Cristo. No es (ni debería ser) una pura extensión de la sensibilidad humana/comunitaria que proyecta su mundo interior. Esta carga de significante trascendente no es una realidad objetivamente asible, es más bien, una experiencia sensible de contornos difusos. El discurso teológico tendrá la tarea de definir contornos con términos y conceptos representativos. Mientras tanto, la liturgia será el espacio donde se viva (o pueda vivirse) esta experiencia de encuentro con el misterio que se hace cercano y al mismo tiempo inasible.

Este encuentro es presente, en el sentido absoluto del término, refiriendo un aquí y un ahora. Aunque el misterio sintetiza el tiempo en su eternidad pascual pues es presente, memoria y profecía, su presente es también presencia y esta presencia es actuante, es eficaz. El misterio se realiza en el ahora litúrgico con lo que está presente.

Ante la imposibilidad de objetivación del misterio tenemos el sujeto que recibe sus efectos. La redención abarca a la totalidad de la persona, así como la celebración de la redención incluye a la totalidad de su condición humana. La celebración litúrgica es una experiencia en 360° multisensorial.

En este sentido, la asistencia virtual a la celebración eucarística está simbólicamente empobrecida aunque su ejecución sea cuidada y no carezca de ningún elemento ritual. Ya sabemos que una celebración litúrgica perfectamente celebrada significa mucho más que la observación de las rúbricas.⁵ Si consideramos los efectos simbólicos debemos mirar además a los receptores. Así, en la virtualidad, la recepción de esa fuerza simbólica está reducida a una mínima expresión. Quien asiste virtualmente a la celebración eucarística no tiene una experiencia 360° multisensorial, sino más bien plana y focalizada, reducida en su capacidad de recepción e incapaz de ser afectado plenamente por los símbolos.

Cuando el cuerpo está virtualmente presente la experiencia simbólica queda reducida a una mínima expresión posible. Entonces debemos advertir que el empobrecimiento del significante resulta en un empobrecimiento del significado. El misterio pascual se expresa extensamente en el mundo simbólico de la liturgia. El misterio no se agota en una experiencia ni en la experiencia de una sola persona. En la extensión del tiempo y en la multiplicidad de vivencias adquirimos una idea más enriquecida del misterio. Es la imagen del poliedro que revela aspectos diversos de una misma realidad. De manera que

⁵ “Por esta razón, los pastores de almas deben vigilar para que en la acción litúrgica no sólo se observen las leyes relativas a la celebración válida y lícita, sino también para que los fieles participen en ella consciente, activa y fructuosamente.” (SC 11)

para indagar el misterio hay que recoger la multiplicidad de sus reflejos en las vivencias de tantos creyentes.

Por último, el símbolo es una experiencia de movilidad. Es un pasaje de esto aquí presente hacia un aquello no patente. Este movimiento supone que el que lo recibe no permanece pasivo, si se ha dejado afectar por el símbolo, aunque difusamente, no puede permanecer donde estaba debe, más bien, dejarse conducir hacia lo simbolizado. La dimensión corporal simbólica supone una actividad.

En el lenguaje litúrgico hablamos comúnmente de participación y la calificamos de activa, plena, consciente, fructuosa. Mucho se escribe sobre el concepto de participación y sus calificativos. Aquí podemos señalar que participar supone experimentar la fuerza motora de los símbolos litúrgicos, es la vocación que traspasa el cuerpo moviéndonos hacia la contemplación y fascinación del misterio. Aquí lo virtual también aparece como deficiente frente a lo real. Ciertamente no podemos decir que sea estéril o inútil, pero su condición misma nos refuerza una idea de debilidad en la comunicación sensorial y, por tanto, en la experiencia misteriosa.

Los fieles que en este tiempo asisten a la celebración Eucarística por medio de dispositivos electrónicos dan gracias a sus pastores por estar al menos virtualmente presentes. Este tiempo también será propicio para aprender que en la liturgia es necesario que pongamos cuerpo a cuerpo, que consideremos su importancia, que los signos sean reales para que la Pascua no sea una gran idea o un mero pensamiento, sino un misterio que nos atraviesa salvíficamente en toda nuestra condición humana.

Pbro. Lic. Sebastián Luna
Villa María, 28/04/2020
padresebastian@hotmail.com